

ANNIE LYONS

EL CLUB DE LECTURA  
DEL REFUGIO ANTIAÉREO



# PRIMERA PARTE

## Londres, 1938

### 1

*Nuestras obras nos acompañan aún desde lejos,  
y lo que hemos sido nos convierte en lo que somos.*

George Eliot, *Middlemarch*

Gertie llegó temprano a la tienda esa mañana. No había dormido mucho los cinco días anteriores. Era una fastidio, pero ahí estaba. Hemingway, el labrador amarillo de buenos modales, estaba a su lado como de costumbre. Se había convertido en una especie de celebridad local desde su incorporación al personal hacía cuatro años. Gertie notó que tenía la capacidad de hacer sonreír incluso a los clientes más austeros, y se sabía que varias madres se desviaban durante sus mandados para que sus hijos, emocionados, pudieran acariciar su cabeza de oso.

Poco había cambiado en la ciudad de Beechwood desde que Harry y Gertie abrieron por primera vez las puertas de la Librería Bingham hacía tantos años. La familia Tweedy todavía dirigía la panadería y el señor Piddock, el carnicero, se había jubilado el año pasado, dejando sus cuchillos impecablemente afilados para su hijo Harold, quien, de acuerdo con la chismosa local, la señorita Crow, dejaba demasiado tendón en su pierna de res. Gertie miró a lo largo de la calle principal. Sus hombros se hundieron al ver las letras color miel de la pastelería Perkins.

Harry compraba una bolsa de turrón recién hecho por la señora Perkins todas las semanas sin falta para compartirla con Gertie durante las tardes junto a la radio.

—Vamos, Hemingway. Buen chico —expresó Gertie, guiando al perro hacia adentro de la tienda, agradecida como siempre por su presencia distractora.

Los primeros rayos del sol proyectaban una luz a través de la ventana mientras que las pequeñas partículas de polvo bailaban y daban vueltas como luciérnagas. Gertie hizo una pausa para inhalar la exquisita posibilidad de los libros sin abrir, como lo había hecho todas las mañanas durante casi treinta años. Este lugar le había traído tanta alegría durante tanto tiempo. Ella y Harry habían construido algo maravilloso, su propio mundo lleno de ideas e historias. En un punto de su vida, pensó que cambiaría el mundo de una manera pública y dinámica, pero pronto se dio cuenta de que podía hacer lo mismo con los libros. Eran poderosos. Forjaban ideas e inspiraban la historia.

Sin embargo, esa alegría estaba empezando a disminuir. Miró hacia la puerta en la parte trasera de la tienda e imaginó a Harry parado allí, con los brazos llenos de libros, sonriéndole. De manera instintiva, se inclinó para acariciar una de las orejas de terciopelo de Hemingway mientras el recuerdo le oprimía el corazón. El perro la miró con ojos tristes.

Había sido su condición médica la que le ganó a Harry su exención de la Gran Guerra, la cual también había causado su muerte dos años atrás. Gertie se consideró afortunada cuando a Harry se le otorgó la exención por motivos médicos, a pesar de que la señorita Crow no había perdido la oportunidad de llamarlo un «haragán» frente a cualquiera que estuviera dispuesto a escuchar. Si Harry estaba herido por estos comentarios, no lo demostró nunca. Su servicio silencioso como guardián antiaéreo voluntario hizo que Gertie sintiera un orgullo ardiente en el pecho. Pero la vida tiene una forma de ponerse al día

eventualmente y la enfermedad respiratoria que Harry había soportado desde su infancia hizo que su cuerpo no pudiera combatir la tuberculosis que al final le robó la vida. Gertie todavía no podía creerlo. ¿Cómo podía ser que ya no estuviera? Todavía les quedaba mucha vida por vivir.

—No es lo mismo sin él, ¿verdad? —preguntó Gertie, su voz parecía demasiado fuerte para este espacio sagrado, como si estuviera gritando en la iglesia. Hemingway suspiró, mostrando que estaba de acuerdo mientras Gertie se secaba una lágrima—. Bien. No sirve de nada pensar en cosas que no podemos cambiar. Ven. Ya sólo tenemos un último ejemplar de Wodehouse y a Harry no le gustaría ni un poco.

Cuando llegó Betty, la asistente de librería que contrató después de la muerte de Harry, Gertie había quitado el polvo, ordenado y reabastecido los estantes, dejando todo listo para la reapertura.

—Debo decir que se ve impecable, señora B —dijo Betty, quitándose el abrigo y poniéndolo en su hombro—. ¿Quiere que nos prepare un poco de té?

—Gracias, querida. Estoy sedienta.

Betty reapareció poco tiempo después con dos tazas y platillos que no coincidían entre ellos.

—Aquí estamos. Por cierto, todavía estoy pensando en el título del club de lectura del próximo mes y me preguntaba si tenía alguna idea.

Gertie hizo un gesto casual con la mano.

—Estoy segura de que lo que decidas será espléndido.

—Bueno, me gusta mucho la idea de llamarle *Middlemarch*.

—Buena idea —exclamó Gertie—. No puedo recordar la última vez que elegimos una novela de George Eliot.

—Por desgracia, la señorita Snipp no está tan segura.

—¿Está tratando de convencerlos de leer otro libro de Thomas Hardy, de casualidad?

Betty asintió.

—No quiero hablar de más, señora Bingham, porque es un escritor maravilloso, pero leímos *Tess, la de los d'Urberville* hace dos meses y, perdóneme por decir esto, pero a algunos de los miembros no les gustó la forma en que la señorita Snipp condujo la reunión.

Esto no sorprendió a Gertie. El estilo de comunicación de la señorita Snipp podría describirse con mayor precisión como abrupto, rozando con lo grosero. Cuando se conocieron, Gertie supuso que a la señorita Snipp simplemente no le agradaba. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que le desagradaban casi todos. Sin contar a Harry, pero bueno, todos habían amado a Harry.

—Ya veo. ¿Y qué propone que leamos?

—*Jude el oscuro*.

Gertie hizo una mueca.

—Que el cielo nos ayude a todos.

—El señor Reynolds estaba tan molesto por lo que le pasó a Tess que no estoy segura de que pueda soportarlo.

—Hablaré con la señorita Snipp.

Betty exhaló.

—Se lo agradecería, señora Bingham. Ya de por sí estoy preocupada por nuestra membresía. Sé que tenemos nuestros miembros de las postales, pero la reunión del mes pasado tuvo muy poca asistencia. El señor Reynolds dijo que ni siquiera solía haber espacio para caminar cuando usted y el Señor Bingham estaban a cargo. No quiero decepcionarla.

Gertie le dedicó una sonrisa reconfortante.

—Ay, Betty. No me estás decepcionando. El mundo ha cambiado y la gente está distraída en este momento. Hablaré con la señorita Snipp, pero por favor, no pienses más en ello. El Club de Lectura de la Librería Bingham es la menor de nuestras preocupaciones —Gertie no podía decir lo que en realidad sentía.

Su mundo había cambiado, estaba bastante distraída y el club de lectura era la menor de sus preocupaciones porque no se atrevía a pensar en ello. No había asistido a una sola reunión desde la muerte de Harry. De hecho, Gertie se ausentó de manera intencional por el simple hecho de que no soportaba asistir al club sin él.

Ambos habían creado el Club de Lectura de la Librería Bingham y lo habían dirigido juntos, disfrutando del desafío mensual de seleccionar el libro perfecto y presidir las discusiones más estimulantes. El señor Reynolds tenía razón. La gente viajaba desde los pueblos de los alrededores para participar. Incluso habían atraído a autores para que vinieran a hablar de sus obras, logrando algo similar a un triunfo literario cuando Dorothy L. Sayers accedió a asistir, lo que resultó en una reunión particularmente animada.

Ahora eso parecía un recuerdo lejano para Gertie. Se había ido la chispa de emoción que solía zumbear en su cerebro mientras ella y Harry elegían con cuidado el título mensual para el club de lectura. Apenas podía evocar el ímpetu para leer en estos días y lo cierto era que carecía de entusiasmo por algo nuevo u original. Esta fue la razón por la que había delegado el papel a Betty. Ella era una ávida lectora con mucho más entusiasmo juvenil del que Gertie poseía.

Betty no sólo fue una adición bienvenida al personal de la Librería Bingham, sino que también sirvió como un agradable antídoto para la señorita Snipp, quien había pasado su vida forjando una carrera exitosa en el arte de la literatura y en el de quejarse. Por supuesto, había sido Harry quien insistió en que la contrataran después de que se retiró de la biblioteca.

—Su conocimiento bibliográfico es enciclopédico, Gertie —dijo—. No hay nadie mejor calificado para buscar libros para nuestros clientes. —Él había tenido razón, por supuesto, pero aún así, Gertie se sintió aliviada de que la señorita Snipp sólo

trabajara dos días por la mañana y que en gran parte estuviera confinada a la oficina improvisada en la esquina del almacén.

Su corazón se hundió cuando vio a la señorita Snipp en la puerta, su rostro tan agrio como si estuviera chupando la cáscara de un limón. Decidió tratar de adoptar la actitud amistosa de Harry, a la vez que comenzaba a sentir un mareo, presagiando la conversación que se avecinaba.

—Buenos días, señorita Snipp —saludó Gertie con tanta emoción como pudo—. Está todo bien, ¿cierto?

—No en particular —respondió ella con el ceño fruncido—. Mi frágil cadera me ha causado dolores terribles.

—Lamento mucho oír eso —contestó Gertie—. ¿Ha probado las sales de Epsom?

—Por supuesto. Es este mal clima, esta terrible humedad —dijo acusadoramente, como si Gertie tuviera la culpa de alguna manera.

—Ah sí, bueno, no hay mucho que podamos hacer al respecto.

—Mmm. Supongo que no. Bueno, señora Bingham. ¿Me puede dar un momento de su tiempo?

—Por supuesto.

La señorita Snipp volvió a colocarse las gafas en la nariz.

—Es sobre el club de lectura.

—Oh, sí —respondió Gertie con una creciente sensación de temor.

La señorita Snipp se cruzó de brazos.

—Me temo que tendré que renunciar a mi cargo de presidenta.

—¿Presidenta? —cuestionó Gertie, sorprendida.

La señorita Snipp asintió.

—Es demasiado para mí a mi edad y, francamente, las personas que asisten a las reuniones en estos días me parecen totalmente indignas de mis esfuerzos.



—Lamento escuchar eso.

La señorita Snipp miró a lo lejos y sacudió la cabeza.

—No logran apreciar la magnitud de algunos de nuestros más grandes escritores. Así no puedo ayudarles.

—¡Ay, Dios!

—En efecto. Así que creo que sería mejor si la señorita Godwin toma las riendas.

—Ya veo. Bueno, si usted cree que eso es lo mejor.

La señorita Snipp levantó la vista de forma brusca.

—Debo decir que se está tomando esto muy a la ligera, señora Bingham.

Gertie suspiró con lo que esperaba mostrara suficiente seriedad.

—Créame, señorita Snipp, me entristece mucho, pero apoyo por completo su decisión.

La señorita Snipp la miró por encima de sus gafas de media luna.

—Bien. Será mejor que me vaya —expresó mientras se fue cojeando hacia la parte trasera de la tienda.

—¡Buenos días, señorita Snipp! —exclamó Betty cuando se encontraron en la puerta.

—¿Qué tienen de buenos? —murmuró antes de desaparecer en la parte de atrás de la habitación.

—¿Ella está bien? —preguntó Betty, acercándose al mostrador.

—Está perfectamente bien. Acaba de delegar sus responsabilidades del club de lectura para otorgártelas, así que leeremos a George Eliot este mes. ¿Espero que te parezca bien?

—No la decepcionaré, señora B.

Gertie le dio unas palmaditas en la mano.

—Sé que no lo harás, querida.

El día parecía estirarse como un líquido viscoso a través del suelo, hasta la media mañana cuando apareció Barnaby Salmon, un

joven con anteojos que era representante de una editorial. Gertie se había dado cuenta de que cada vez que él entraba a la tienda, Betty se enderezaba, se alisaba el vestido y se peinaba con rapidez; de la misma forma, el señor Salmón siempre se aseguraba de que sus citas cayeran en los días en los que Betty estaba trabajando.

—Buenos días —saludó Gertie.

Barnaby se quitó el sombrero a modo de saludo.

—Buenos días, señora Bingham, señorita Godwin.

—Señor Salmon —dijo Betty, quien pareció crecer unos centímetros bajo su mirada.

Gertie volteó a ver al joven.

—Bien, señor Salmon. ¿Cree que podría dejarlo en las hábiles manos de la señorita Godwin esta mañana? En últimos días ha estado asumiendo más responsabilidades y estoy deseosa de recompensar sus esfuerzos.

El señor Salmon se veía tan feliz como si alguien le hubiera entregado las llaves para entrar al mismo cielo.

—Por supuesto, señora Bingham. Sería un gran placer para mí —se volvió hacia Betty—. Tengo un maravilloso libro nuevo del señor George Orwell que sé que le va a gustar, señorita Godwin.

—¡Qué maravilloso! —clamó Betty con brillo en los ojos.

Gertie sonrió. Disfrutó ver cómo se desarrollaba el encantador romance bibliófilo. La transportó a los días en los que ella y Harry se conocieron. ¡Qué recuerdos tan alegres! ¡Cómo extrañaba su presencia desaliñada!

Estaba agradecida de que Betty aceptara responsabilidades adicionales con facilidad cada vez que se las ofreciera. Se dijo a sí misma que era importante animar a las generaciones más jóvenes, pero en el fondo, Gertie sabía que más bien comenzaba a retirarse. La venta de libros había sido su mundo entero en algún punto, pero sin Harry en el panorama, la actividad había perdido el brillo mágico que la caracterizaba. De hecho, cada

aspecto de su vida lo había perdido. Su ausencia fue la compañera más constante de Gertie. De repente se daba cuenta de que había preparado dos tazas para el té sin querer; o escuchaba algo importante o preocupante en la radio y volteaba, buscándolo, para discutirlo con él; o si un cliente pedía una recomendación de un libro, ella pensaba en Harry de inmediato. Él habría sabido por instinto lo que cada tipo de cliente disfrutaría leyendo, desde el pequeño niño que amaba las historias de piratas hasta el anciano jubilado apasionado por Shakespeare. Gertie también tenía instinto para esto, por supuesto, pero a Harry le venía de forma natural. Ella era quien trataba con los editores y él quien se encargaba de los clientes. Todavía había personas que entraban a la tienda y pedían hablar con él dos años después, y que parecían del todo angustiadas cuando Gertie decía que Harry había muerto. Ella estaba familiarizada con ese sentimiento. A veces pasaba las manos por los lomos de los libros de las estanterías y Gertie veía a Harry en cada libro, en cada página, en cada palabra. Esta actividad le ofrecía algo de consuelo, pero también le hacía sentir un fuerte tirón de tristeza en el estómago. Gertie amaba su tienda, pero la amaba más cuando Harry estaba en ella.

—¿Me escuchó, señora B?

Gertie parpadeó, dejando de soñar despierta.

—Lo siento, querida. ¿Qué dijiste?

Betty se rio entre dientes.

—La perdí por unos segundos, señora B. Justo le estaba diciendo que el señor Salmon se va ahora. ¿Quiere revisar la orden? Pensé que podíamos organizar algo grande con el nuevo libro de George Orwell. Puedo acomodar algunos de ellos cerca de la ventana, si usted quiere.

Gertie miró el papeleo, agradecida de que alguien más tomara las decisiones por ella.

—Esto se ve espléndido. Gracias a los dos

El señor Salmon hizo una cortés reverencia.

—Gracias señora Bingham. Señorita Godwin, ¿la veré el sábado?

Betty lo miro a los ojos.

—Ya quiero que llegue el día.

—Tengan un buen día, señoritas —replicó deteniéndose en la puerta para inclinar la cabeza hacia Betty a modo de despedida.

— ¿El sábado? —preguntó Gertie después de que él se fuera. Betty asintió.

—Me invitó al cine. Vamos a ver la nueva película de James Stewart. Por lo general, ni siquiera vería alguna de sus películas, pero en este momento eso es lo que menos me importa.

—Me alegro por ti, querida.

Betty dio un suspiro feliz.

—Es simplemente maravilloso encontrar a alguien que ama las mismas cosas que tú, ¿no? Barnaby y yo...

—Oh, con que ahora lo llamas Barnaby.

Betty parecía tímida.

—Bueno, decirle «señor Salmon» es un poco formal, ¿no? Ya no estamos en 1900. Él y yo decíamos que no se nos ocurre nada mejor que vender libros. En realidad es una curita para el alma. Quiero decir, mire a P. G. Wodehouse, por ejemplo. Los fascistas se apoderan de Europa y él crea a Roderick Spode para hacerlos ver como unos idiotas.

Mientras Gertie escuchaba a Betty exponer sus teorías sobre cómo todos los autores, desde Charlotte Brontë hasta Charles Dickens, habían mejorado su vida, se le ocurrió una idea. Betty y Barnaby eran la generación nueva. Tenían la pasión que tanto le faltaba a ella en estos días. Tal vez era momento de ceder el mando, como el señor Piddock lo había hecho con su carnicería.

Gertie había estado dándole vueltas a esta idea durante los últimos meses, pero ahora le parecía obvio. Era tiempo de seguir

adelante, incluso de alejarse. Le gustaba la idea de mudarse a Rye o quizás a Hastings. Se acercaba a los sesenta y, a pesar de lo que había dicho el señor Chamberlain, parecía que el país bien podría estar de nuevo camino a la guerra. Gertie quería estar a salvo, lejos de Londres, en caso de que algo sucediera. No podía enfrentarse a otra guerra en Londres. Ni siquiera estaba segura de poder enfrentarse a otra guerra, punto final. Sobre todo, quería escapar del constante recordatorio de que Harry se había ido y de la dolorosa realidad de una vida sin él.